

América Latina, ante la reforma española

Hugo Neira
(Escritor peruano)

Ha concluido el referéndum. La Prensa europea ha celebrado el afianzamiento de una España democrática, el fin del autoritarismo, el paso del sistema político dictatorial a un régimen basado en el sufragio universal que probablemente en 1977 contará ya con sus Cámaras, diputados y senadores. Europa occidental saluda la instauración de un régimen liberal, con partidos y la adquisición, a marchas forzadas, de los hábitos de consulta y participación. Por otra parte, se reconoce el sentido de responsabilidad de millones de españoles en la hora de las urnas. El triunfo, en fin, del buen sentido. En España, las reac-

ciones van desde una normal aceptación de las cifras y hechos del referéndum hasta un general "cachondeo" en revistas de humor político variado. Ni el propio Gobierno ha querido enfatizar demasiado. El referéndum resulta tan poco sorprendente como los cambios climáticos.

Permítaseme, por mi parte, el asombro.

La reciente consulta ha sido mucho más simple que un referéndum. La reforma política que propone el Gobierno, no por llevarse con inteligencia y reflexión, deja de ser una de las empresas políticas de mayor envergadura de la historia presente. Porque, entre otras razones, no hay an-

tecedentes históricos de un tránsito semejante. Ni en los años treinta republicanos ni en los finales del siglo XIX. Sociedad industrial y desarrollada, España ensaya la consolidación cultural y política, después de un periodo de expansión económica. En esto la presente situación se separa de cualquier otra del pasado. Las repercusiones que tiene en el ámbito internacional este peculiar tránsito del autoritarismo a la democracia política desborda el marco interno de lo estrictamente español. España es ahora noticia y democrática. Más allá de España, la experiencia de este proceso tiene consecuencias directas e in-

mediatas. Quien esto escribe es sudamericano. Quienes seguimos los acontecimientos españoles desde el inmenso continente "tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos", como dijo alguna vez Porfirio Díaz, el dilema español es también el nuestro. Por primera vez en cuarenta años las noticias que vienen de España no justifican los autoritarismos latinoamericanos. Por el contrario, los debilitan.

Regímenes democráticos, como Venezuela y Méjico, deben hallar en el experimento español la confirmación de sus tesis. La expansión económica, el proceso de desarrollo, no es incompatible con las prácticas de una democracia de partidos, con libertad de Prensa y de organización. Los enemigos de la democracia en esas naciones del otro lado del Atlántico, deben encontrar en las noticias de España motivos de escándalo. Y de confusión. El viejo argumento que hacía necesario un patriarca para conducir pueblos sin capacidad de autogobierno deja de escudarse en el nombre de España.

Españoles, no seáis, pues, tan escépticos. El camino democrático en España es importante. Lo peor que podría ocurrir es que no se estuviera, como decía alguna vez Ortega y Gasset, a la "altura de los tiempos". Que el juego de responsabilidades y de alianzas a que obliga el sistema de partidos en la democracia fracasara por falta de confianza. Que una democracia naciente no hallara sus raíces por una crisis de entusiasmo. Cuando la tentación totalitaria abandona esta nación europea hasta las izquierdas más minoritarias pueden permitirse sus lujos. Menos uno, el peor pecado político: la mediocridad. A veces sólo por la incapacidad de admitir, en medio de los esquemas teóricos, la posibilidad de lo imprevisto.